

## El problema bárbaro en el Imperio Romano

Trabajo de colaboración del señor Antonio Ruíz U., alumno del IV año del Departamento de Historia y Geografía y Educación Cívica del Instituto Pedagógico.

El problema bárbaro se lo crea Roma, desde el momento en que, rebalsando los límites de la Península de los Apeninos, se lanza a la conquista del mundo (Grecia, España, Galia Cisalpina, y Galia Transalpina primero; Africa, Asia Menor y Germania, después). Desde ese momento ha iniciado su imperialismo, con timidez al principio, como todo imperialismo naciente, con fines humildes, limitados, para asegurar la independencia del suelo italiano sometiendo aquellos lugares desde donde salieron las expediciones que pusieron en peligro la estabilidad de Italia.

Pero si bien todo imperialismo conoce su punto de partida, no sabe cuál ha de ser su punto de llegada, es decir su término, que nunca lo creará alcanzado. La ley inexorable que lo rige lo impulsará a nuevas conquistas. Tras de cada nueva región adquirida se presentan nuevos intereses que es menester considerar, la seguridad de aquellas implica la solución de éstos; mientras más acrece su dominio y mientras más sonados son sus triunfos, tanto más próximo está su fin y sólo entonces es cuando ha alcanzado la plenitud de su desarrollo, el límite de sus conquistas.

Los historiadores franceses han acostumbrado dividir las invasiones en: *pacíficas* y *violentas*; la denominación de invasiones pacíficas es tal vez errada. Los invasores adquieren derechos naturales que no se mendigan, sino que se toman. Con más propiedad que de invasión pacífica se puede hablar de una incorporación pacífica; porque si Roma toma a su servicio a los bárbaros es para llenar sus cuadros sociales, políticos, económicos y militares. El re-

emplazo de estos ciudadanos raleados por la deserción y corrompidos por la molicie y la holgazanería es realizado por elementos bárbaros que le son necesarios a sus diversas funciones; pero lo hace a título inferior, sólo después de haberlos humillado y siempre en condiciones deprimentes para el incorporado. Repugna al espíritu tradicional del romano tratar con enemigos victoriosos y esto sólo lo realiza cuando le puede hacer sentir en forma abrumadora el peso de su espada y las condiciones de su alianza, o cuando, a pesar de todos los medios que ha puesto en práctica, le es imposible vencerlos, les otorga ciertas condiciones favorables y los incorpora también a su amistad; pero en forma precaria, contingente, pronto se deshará de ellos por medio de la intriga o del asesinato.

No es el bárbaro el que se hace aceptar de buena gana por el imperio, es éste el que lo adhiere a su vida, en la falange de sus servidores como auxiliar o como colono, obligado fatalmente a la servidumbre y por otra parte, el germano jamás se deja absorber íntegramente por el imperio y si se amolda a su nueva existencia, es porque por el momento no tiene más remedio. La paga que se les da a los auxiliares, se les da con repugnancia o con mal disimulado odio. Todo el *Civis Romano* mira con recelo, temor, odio y desprecio a los bárbaros huéspedes del imperio. Durante siglos se ríen de los toscos y brutales germanos; alabándose de haber sabido emplearlos en la defensa del mismo imperio, al cual amenazan con sus hordas y que en más de una ocasión pudieron someter a su dominio.

La primera ocasión en que el peligro bárbaro golpea a las puertas del imperio romano es la del ataque de los *cimbrios*. Roma extiende en este momento su dominio desde las columnas de Hércules hasta las cuencas del Nilo y del Orontes (en Siria) y pesa su dominación sobre los pueblos sometidos como la última palabra del inexorable destino. A pesar de la superioridad de fuerzas, cultura y organización con que se distinguen los romanos en este primer choque; potente e inexpugnable como es su poder, el impetuoso empuje de los bárbaros deja en su espíritu un presagio del peligro grandísimo que posteriormente deberá esperarse de esa parte de su horizonte político.

En el año 115 A. de C. habían los romanos traspasado los Alpes orientales, entre Trieste y Laibach y hecho un convenio con la tribu celta de los tauriscos y luego dirigiendo sus huestes contra los escordiscos que en unión de los dálmatas habían amenazado en repetidas ocasiones la frontera romana, llegan por primera vez a las orillas del Danubio. Las tribus vencidas llaman entonces en su auxilio a un pueblo que desde hace algún tiempo vaga por las fronte-

ras septentrionales del imperio. Son estos los cimbrios que en unión de los teutones y los ambrones huyeron de su país en las orillas del Báltico por los años 125 a 120 A. de C., a causa, cree Tácito, de una inundación. El número de elementos que constituyen esa tribu es sin duda bastante exagerado: 300.000 según Tito Livio y 490.000 según Plutarco.

Ciertamente esas hordas no han salido de su país para conquistar la Italia, que ni siquiera conocen; sino que empujados por fuerzas mayores que se deslizan tras de ellos y siguiendo sus huellas van siempre adelante y aunque vencedores tanto ellos como los demás germanos formularán una sola petición que es como invocación desesperada: ¡tierras! No pretenden la destrucción del mundo romano; sólo quieren un pedazo de suelo donde fijarse y terminar con su vida de eterno deambulismo. Marchan lentamente, deteniéndose por algún tiempo y emprendiendo de nuevo la marcha cuando se sienten empujados por el hambre o por otras hordas que los persiguen, sin otro fin que encontrar la tierra prometida donde establecerse, evitando los choques siempre que pueden conseguir un paso libre por medios pacíficos, hasta que encontrando todos los caminos cerrados y al ejército romano al frente deciden abrirse paso a cualquier precio.

Los romanos hasta entonces no habían hecho distinción racial entre ellos y los galos. Es Julio César el primer autor latino que los individualiza y caracteriza bien.

Rechazados en su marcha al sur por el pueblo celta de los boyos, desvían hacia el oriente atravesando el Danubio cerca de Carnúnto, de donde viran nuevamente hacia el occidente y penetran al territorio de los tauriscos, amigos y aliados de Roma; es el primer contacto con el ejército romano al mando del Cónsul Cneo Papirio Carbón. Este les intima abandonar el territorio de sus aliados y les proporciona guías para que los conduzcan fuera del país invadido; los guías romanos los conducen a Carintia, donde el cónsul les prepara una emboscada; pero advertidos los germanos de la traición hubiesen liquidado al ejército y al cónsul, de no haber favorecido una tempestad a las armas romanas (113 A. de C.) y a pesar de poder penetrar en Italia se dirigen a la vertiente opuesta, hacia el oeste, a lo largo de los Alpes Nórdicos hasta entrar en territorio suizo donde se le agregan los helvetios (celtas).

En Suiza conciben la idea de penetrar en la Galia y cuando un nuevo contingente romano, a las órdenes de Marco Julio Silano, les hace resistencia, vuelven a suplicar una vez más la concesión de tierras. El cónsul por toda contestación los ataca, pero es de-

derrotado en forma completa y su campamento queda íntegramente en poder de los vencedores. Vuelven los germanos a insistir una vez más en su primitiva demanda, a cambio de lo único que pueden ofrecer al imperio: contingentes para su ejército; y al efecto envían a Roma una embajada, pero hallándose ésta en plena carrera hacia el dominio del mundo, no quiere valerse de los auxilios que tres siglos después van a constituir su fuerza principal.

Durante las negociaciones una parte de los germanos (los tingurinos y los tunstenos) avanzan hacia el sur; cerca de Angers el año 107 A. de C. se encuentran con el cónsul Lucio Casio Longino, y su legado consular, Cayo Pisón, y ambos son derrotados, salvando un pequeño resto, después de un convenio vergonzoso con los vencedores.

El grueso de la invasión rezagado a las orillas del Rhin sólo el año 105 A. de C. pasa acaudillada por Boyorico a las orillas del Ródano con intención de seguir adelante, pero tres ejércitos romanos están ya apostados y dispuestos a cortarle la pasada, mandados: uno por el cónsul Cneo Manlio Máximo, otro por el legado consular Marco Aurelio Escabro, que había pasado con el anterior a la orilla izquierda del río, y el tercero, a cargo del procónsul Cepión en la orilla derecha.

El segundo de estos tres cuerpos es aniquilado y su jefe hecho prisionero. En vista de este descalabro llamó el cónsul Máximo al procónsul Cepión a la orilla izquierda y ambos se juntan un poco al norte de Avignon, en Orange, pero la envidia y la desunión de los jefes, plebeyo el uno y aristócrata el otro, salvó a los germanos que destruyen, primero a Cepión y luego a Máximo y de los tres ejércitos salvan sólo tres hombres que llevan la noticia del desastre a Roma.

Tito Livio, calcula en noventa mil el número de las pérdidas romanas. Este desastre sólo comparable al de Cannas, provocó el levantamiento de la Galia y España; los pasos de los Alpes quedan a merced del bárbaro y el terror *cimbrio* se apodera de los romanos. El gobierno toma medidas análogas a las que adoptó cuando los celtas llegaron a los pies del Capitolio, prohibiendo a los hombres capaces de cargar armas el abandono del territorio italiano. Pero las hordas nórdicas sin plan fijo de acción, en vez de pasar los Alpes y penetrar en Italia, se dirigen en sentido opuesto llevando la desolación y el terror después de desparramarse por la Auvernia, a todo el llano entre el Garona y los Pirineos. Luego la razón de proporcionarse alimento o de ponerse al cubierto del ataque sorpresivo de los romanos, los orienta hacia España; mas la resis-

tencia heroica de los cantabros y los celtiberos los obliga a replegarse de nuevo hacia el norte repasando los Pirineos, talvez por Irún, y siguiendo por la costa del golfo de Vizcaya hasta más allá del Sena. Se reunen con los teutones y helvetios, pues, según cree el doctor Dahn, sólo los cimbrios son los que llegan hasta España, pero impidiéndoles los belgas penetrar en su país y no pudiendo tampoco volver al punto de donde venían por estar todo arrasado; no teniendo posibilidades de dirigirse hacia el oriente donde les cierra el paso el pueblo aludido, no les queda otro camino expedito que el del sur y entonces es cuando por primera vez conciben la idea de invadir la Italia.

Se dividen en dos grupos a causa de la dificultad de abastecerse marchando todos juntos. Los cimbrios y los tunstenos repasan el Rhin para volver a Suiza y penetrar por ahí a la península Itálica, mientras los teutones juntos con los ambrones y tingurinos, acaudillados por Teutobodo, siguen en dirección al sur por el curso septentrional del Loira, el Saona, y luego la orilla derecha del Ródano para penetrar en Italia por los Alpes Marítimos.

Pero ya Roma ha encontrado su salvador en Cayo Mario, que investido del imperium (dictadura) redujo a la obediencia a los galos sublevados e introdujo una nueva táctica y una nueva organización en el ejército, al mismo tiempo que logró restablecer la disciplina relajada por la codicia e incapacidad de los últimos jefes y lo alentó con la esperanza de un triunfo fácil. La nueva táctica adoptada por Mario coloca al ejército romano en un plano de eficiencia y superioridad marcadísima con respecto al germano y hace imposible e inútil su terrible embestida en forma de cuña.

Al alcanzar los teutones la orilla derecha del Ródano se encuentran con dos campamentos fortificados construidos especialmente por el general romano, que le cierran los dos únicos caminos que conducen a Italia: el del pequeño San Bernardo y el de la costa, entre Marsella y Niza. Después de tres días de inútiles ataques optan los germanos por dejar el campo al enemigo y ganar, dejándolos a sus espaldas, el camino de la costa. Mario los dejó partir y sólo se conformó con seguirlos por la altura de las montañas haciendo descansar a sus soldados por la noche en campamentos, bien fortificados que hicieron imposible toda sorpresa.

Habían llegado ya los teutones a Aix, en la Provenza, después de vadear el Durance, cuando los bagajeros de ambos equipos llegaron a las manos. El general romano formó a la mañana siguiente a su ejército en orden de batalla, pero a cierta altura para obligar a subir a su adversario. Ya a mediodía, cansados los

bárbaros por el esfuerzo desarrollado y agotados por un calor sofocante, al que no estaban acostumbrados, supieron los estragos que causaron en sus filas las anchas y cortas espadas, manejadas por los hábiles legionarios. De los cien mil guerreros nórdicos (al creer a los historiadores latinos) no quedó uno solo, pues los que no habían muerto fueron hechos prisioneros y entre estos se cuenta al propio Teutobodo.

Entre tanto los cimbrios que habían seguido el camino de oriente, llegados a Suiza pasan por el Brenner y el Isarco (Eisark), siguen el curso del Adige y penetran en el Tirol meridional, donde los aguarda ya al sur de Trieste el cónsul Quinto Lucio Cátulo.

Había echado un puente, siguiendo la costumbre, sobre el Adige y ocupado ambas orillas; pero cuando los soldados romanos ven descender desde lo alto de la montaña a los corpulentos germanos insensibles al frío y arrojando gruesos troncos de árboles para destruir el puente, se apoderó de ellos el terror cimbriaco y huyeron des-pavoridos, no parando algunos hasta llegar a Roma. Sólo una legión se sacrificó resistiendo en la orilla izquierda, pero hubo de ceder al número de los atacantes. Los germanos admirados de su valor los dejaron retirarse sin hacerles daño y gracias a esta gentileza —dicen los historiadores alemanes—, puede el cónsul cubrir la retirada que continuó hasta la orilla derecha del Po. Los bárbaros quedan dueños de todo el país, entre este río y los Alpes; pero lejos de aprovechar la ventaja de su victoria se dedican a regalarse sin pensar que no podían continuar allí mientras no estuviese destruido el poder de Roma y este inconcebible error libró al pueblo romano, que tuvo tiempo para reponerse durante la primavera y el verano del año 102 A. de C. y esperar la llegada de Mario hasta la Galia Transalpina.

Se adelantan los cimbrios a lo largo de la llanura Padana a esperar la pasada de sus hermanos, los teutones, sin sospechar siquiera que ya habían sido exterminados. Alcanzados por Mario en Vercelli, son puestos igualmente en completa derrota.

El peligro cimbriaco ha desaparecido y con él todo peligro germánico en Italia; pero su desaparecimiento es transitorio y ya el siglo III verá alzarse de nuevo, como la espada de Damocles, sobre la cabeza del imperio ese mismo peligro. El escenario de la acción bélica de las masas del norte europeo se traslada por el momento a la Galia, después de un ligero mutis de cincuenta años y tendrá este nuevo acto del episodio guerrero dos principales actores: César y Ariovisto.

El gran caudillo y hábil político Julio César, está dispuesto a transformar desde sus cimientos y sin respeto alguno para el pasado, la organización política de su patria y crearse una dinastía de gobernantes para él y su familia; pero carece al iniciar sus actividades de tres elementos que le son primordiales para alcanzar el logro de sus aspiraciones. Ellos son: el dinero o los medios económicos, prestigio, y un ejército poderoso puesto incondicionalmente a su servicio. La Galia va a ser el campo apropiado para obtenerlo. Alcanzado el proconsulado en esa provincia al formalizarse el primer triunvirato, parte dispuesto a conquistarla definitivamente y a expulsar a los germanos que juegan en ella un papel demasiado importante para que no se le presenten como peligrosos a Roma.

Después de la destrucción de los cimbrios y teutones el territorio de Galia quedó habitado exclusivamente por *galos y celtas*, desde el Rhin al mar; pero medio siglo después la situación había cambiado: no solamente ocupaba la raza germánica toda la orilla derecha del Rhin, sino que al otro lado y hasta muy al interior del territorio se habían establecido pueblos de esta misma raza, de lo cual se deduce que durante esos cincuenta años habían progresado constantemente en dirección del oeste y no por medio de expediciones ni de bandas, sino seguidamente pueblo tras pueblo, lo que hace una totalidad de invasores bastante considerables. Además la Galia no está toda entera sometida al poder romano, sólo ha logrado sentar su dominio en la Galia Braccata o Narbonense y no en la Galia Cabelluda o sea en el lado occidental.

Limitada la Galia Braccata al norte con el curso superior del Ródano desde el Lago Lehman hasta Vienes; al sur con el Mediterráneo y los Pirineos; al este con los Alpes y al oeste con los Cevenas y el curso superior del Garona; abarca además de la Provenza, el Delfinado y una parte de la Suiza actual y el Languedoc.

La Galia Cabelluda o Comata comprende: a los aquitanos entre el Garona, los Pirineos y el Golfo de Vizcaya; luego vienen los galos o celtas propiamente dichos entre el Garona, el Canal de la Mancha, el Sena, el Marne, el Rhin y el Ródano, y desde el Sena, el Marne y el Rhin hasta el mar del Norte están los belgas.

El año 71 antes de J. C. los secuanos, pueblo celta de las orillas del Sena llamaron en su auxilio a las bandas de Ariovisto, en su lucha contra otra tribu celta, la de los Ecuos y tras de estos germanos, cuya presencia ha sido solicitada, un número siempre creciente de nuevas bandás sin esta invitación previa, atraviesan el Rhin y atraídas por la fama de riqueza de la Galia, amenazan derramarse por todo el territorio y someterlo enteramente a su domi-

nio. El año 59 antes de J. C. llegó César a su provincia proconsular y su rápida acción contra los invasores y la sumisión de todo el país, son dos acontecimientos históricos de tan gran importancia que han hecho decir a Mommsen que sin la obra de César la gran invasión bárbara se habría anticipado en cinco siglos, lo que es en extremo exagerado a juicio del Dr. Dahn, «porque la marea de las invasiones germánicas no tenía aún movimiento y empuje bastante para después de conquistar la Galia atravesar los Alpes y conquistar la Italia; debieron para ello—agrega—estar ya constituidos en una nación poderosa y nada hay más extraño a la vida política de los germanos en esa época que el concepto del pangermanismo» y aún una de las causas del gran oleaje que azota las fronteras del Orbis romano en el trascurso del siglo V y que termina por inundarlo, está lejos de la unión de las tribus mencionadas, pues es precisamente lo contrario lo que lo determina, su desintegración, es decir, su fragmentación que agudiza más aún la rivalidad y la emulación que desde épocas inmemoriales existe entre ellos.

Hay que reconocer, sí, que de la obra de César surgió la romanización en vez de la germanización de la Galia. César dirige sus primeros esfuerzos contra el peligro más evidente que lo constituyen los helvecios que habían descendido desde los altos valles suizos y concentrando tropas romanas y auxiliares, los derrota en Autum y los obliga a volver a su país de origen.

Fué César el primero de los jefes romanos que concibió la idea de un imperialismo; separándose completamente de la política del Senado meramente defensiva, demuestra que los germanos son una amenaza constante para Roma, pues fácilmente pueden atravesar los Alpes y penetrar en Italia. No había otro medio para conjurar el peligro evidente que ser los primeros en atacar y demostrar a celtas y germanos que contra Roma no había otra posibilidad que la sumisión o el exterminio, y consciente con este principio lleva sus conquistas a la Bretaña y a la Germania, política que seguirán sus sucesores hasta Claudio y aún hasta Trajano y que lograrán por esa vía extender un algo más las fronteras del Imperio.

César se presenta como protector de los ecuos, hermanos del pueblo romano e intima al jefe bárbaro a presentarse en persona para discutir los asuntos políticos pendientes. Uso tradicional de Roma cuando trata con príncipes vasallos suyos; no se creía tal Ariovisto y respondió con altivez, como de potencia a potencia, en un lenguaje que el orgulloso pueblo romano no podía tolerar y que hacía siglos no estaba acostumbrado a oír.



Alega Ariovisto que los territorios que poseía por derecho de conquista, eran suyos como los que poseían los romanos por el mismo motivo y agregaba, que si tenía ganas de reñir, acudiese él a su vez y sentiría entonces la fuerza invicta de los germanos.

Pensó César atacar antes que nuevas bandas viniesen a engrosar el contingente de Ariovisto y ocupó antes que este a Besançon. Aquí oyeron los soldados de César de boca de los celtas relaciones acerca de la estatura colosal de los germanos, de su fuerza y de su habilidad en el manejo de las armas, lo que agregado a la indisciplina que ya se había hecho endémica en el ejército, motivó un motín cuando el general ordenó marchar contra el enemigo, pero la habilidad y el tacto político de César salvó la situación y sin esperar una nueva indecisión hace avanzar a sus legiones hasta enfrentar a los bárbaros.

Ariovisto le hace conocer que ha recibido condiciones ventajosas para él si logra matar al caudillo, pero que lejos de eso le ofrece el concurso de sus guerreros a cambio de su libertad de acción en las Galias. Es la petición secular: ¡Tierras! Pero César, dice Dahn, quiere la Galia para Roma, y Roma para sí.

En la Baja Alsacia, entre Cernay y Nieder Appach, cerca de Mulhausen se efectuó el choque de ambos partidos, choque violento y que de no mediar la táctica romana de mantener un numeroso cuerpo de reserva, que fué el que decidió la victoria, hubiese tenido el general romano que morder el polvo de la derrota como tantos otros de sus compatriotas.

Roma gana con esa sola batalla la orilla del Rhin. No pensaba su general, sin embargo, pasar el río, pero la intención de los mesapios, teucteros y usipios de volver al país que ocupaban hasta la llegada de Ariovisto lo obligó a cambiar de actitud y emprendió una acción contra ellos. Se apoderó en su campamento situado cerca de Nimega de los Jefes de estas tribus que habían ido a verlo para negociar y rápido como un rayo cayó sobre las bandas desconcertadas por la pérdida de sus jefes. Esta traición a la hospitalidad le vale ser acusado ante el Senado por Catón, quien propuso su entrega a los germanos. En realidad no es el respeto a esta virtud que poco le importa a Roma lo que determina la acusación de Catón; es que los planes del caudillo se están haciendo demasiado evidentes para pasar desapercibido a la aristocracia romana que lo odia.

Pasa luego César al otro lado del Rhin y contiene a otras tribus que traen el mismo propósito de las anteriores, entre ellas la de los suevos y regresa a la orilla izquierda organizando en el pun-

to en que pasó el río un campamento permanente con doce cohortes. Vuelve, sin embargo, a pasarlo una vez más por un puente construido ex profeso y al retirarse deja la mitad del puente en pie como demostrando que volverá a castigar a los rebeldes cada vez que osen pasar a la Galia.

Con sus victorias consigue César dar un escarmiento radical a los germanos que ya no piensan en avanzar hacia esa parte del imperio romano por mucho tiempo.

Pensó César constituir un imperio universal, en el que todos fuesen ciudadanos sin preeminencias determinadas para ningún pueblo y en este cosmopolitismo de su concepción política se diferencia fundamentalmente del organizador del régimen imperial, Augusto, que coloca sobre todos, al romano.

En el esplendor de su gloria el ex triunviro concibió además el proyecto de borrar la afrenta inferida a Roma por los persas en la persona de Craso, y reconquistar las águilas romanas quedadas en su poder; avanzar siguiendo el Danubio en dirección este a oeste hasta el corazón mismo de la Germania para conquistarla totalmente. Plan atrevido que tratarán de hacer efectivo sus sucesores y que inician Augusto y Tiberio con sus generales: del primero Druso y Tiberio; del segundo, Germánico, ensanchando merced a su ejecución algo más la frontera del imperio romano.

---

#### BIBLIOGRAFIA

- LEON HOMO.—*Evolución de las instituciones políticas de Roma*, Colección Berg.  
LONIS HAPHEN.—*Colección Halphen et Sagnac*, Tomo V., *Les Barbares*.  
R. DAHN.—*Colec. Omken*, Tomos X-XI-XII. *Pueblos romanos y germánicos*.  
LOT. PFISTER ET GAUSHOF.—*Colec. Histoire Universelle de Glotz. II. Histoire du Moyen Age; Les destines de l'empire en occident*.  
M. NISSARD.—*Ecrivains de L'Histoire Auguste*.  
E. SCHWARTZ.—*Constantino y la Iglesia Cristiana*.